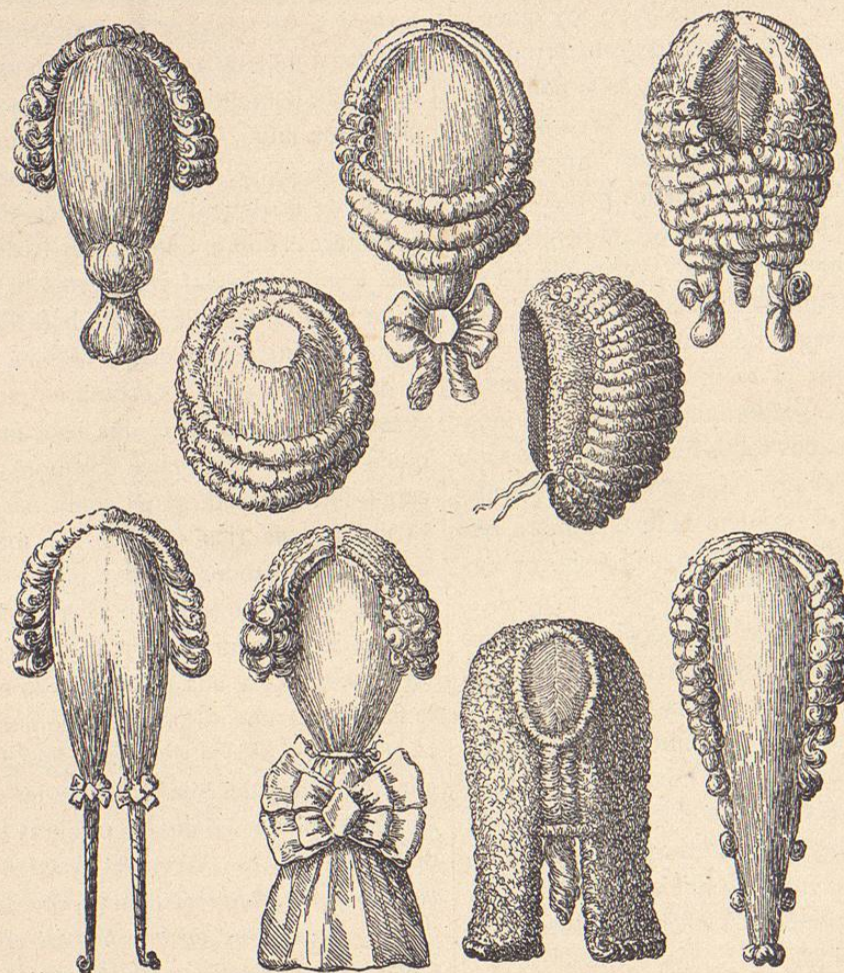


nes al extremo la sujeción hereditaria y perpetua del pueblo, pareció de derecho divino lo propio que el despotismo hereditario y perpetuo del rey. Hé ahí el estado presente, y si cambia es por empeorar. «Porque, según el *Contrato social* I, c. IV, y el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, 178, toda la ocupación de los reyes ó de los encargados de sus

funciones se refiere á dos objetos únicos, extender su dominación en el exterior, y hacerla más absoluta en el interior. Si alegan otro objeto, es un pretexto. «Las palabras *salud pública, dicha de los vasallos, gloria de la nación*, tan pesadamente repetidas en los edictos públicos, nunca anuncian sino órdenes funestas, y el pueblo gime por anticipado



Pelucas para hombres á últimos del antiguo régimen

cuando sus amos le hablan de sus paternas cuidados.» Pero llegado á este término fatal, «el contrato de gobierno queda disuelto; el déspota no es dueño mio por durante el largo tiempo en que es el más fuerte, y, tan pronto como se le puede expulsar, nada puede reclamar contra la violencia. «Porque no tiene el déspota ningún derecho sino por el consentimiento, y no hay consentimiento ni derecho alguno entre el amo y el esclavo.» Sea entre dos hombres, ó sea entre un hombre y un pueblo siempre será igualmente insensato el siguiente discurso: *Hago contigo un convenio en que tú tendrás toda la carga y yo todo el provecho, el cual observaré mientras me plazca y observarás tú hasta que me plazca á mí.*»

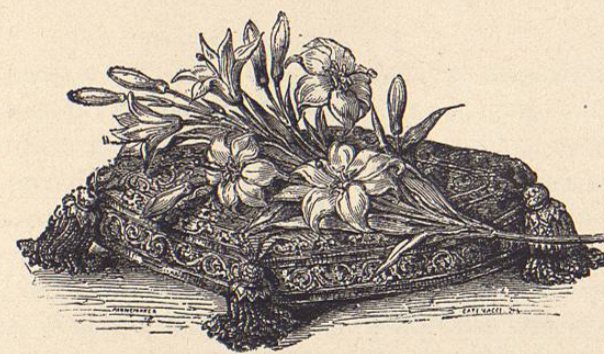
¿Que hay locos que suscriben semejante tratado? No tienen capacidad para contratar y no es válida su firma. ¿Que hay vencidos derribados que con la espada á la garganta aceptan estas condiciones? Puesto que fueron violentados es nula su promesa. Que los vencidos ó los locos hayan empeñado há mil años el consentimiento de todas las generaciones siguientes; cuando se contrata por un menor no se contrata por un adulto, y cuando el niño alcanza la edad de la razón sólo á sí mismo se pertenece. Al fin ya somos adultos y no hemos de hacer más que un acto de razón para reducir á su valor propio las pretensiones de esa autoridad que se apellida legítima. Esta tiene el poder, y nada más. Pero «una pistola en

manos de un salteador es también un poder.» ¿Y diréis en conciencia que vengo obligado á darle mi bolsa? Yo no obedezco sino por fuerza, y volveré á quitarle mi bolsa así que pueda quitarle su pistola.

VII

Detengámonos en este punto; no tenemos necesidad de seguir las avanzadas del partido, Naigeon y Sylvain Maréchal, Mably y Morelly, á los fanaticos que erigen al ateísmo en dogma obligatorio y deber superior, á los socialistas que para suprimir el egoísmo proponen la comunidad de bienes y fundan una república en la que todo él que quiera establecer «la detestable propiedad,» será declarado enemigo de la humanidad, tratado como *loco furioso* y encerrado durante toda su vida en un calabozo. Basta haber seguido los cuerpos de ejército y los grandes sitios. Con diferentes ingenios y tácticas contrarias, los diversos ataques condujeron al mismo efecto. Todas las instituciones fueron minadas por su base. La filosofía imperante quitó toda su autoridad á la costumbre, á la religión y al Estado. No solamente se admite que en sí misma la tradición es falsa, sino

también que por sus obras es dañina, que sobre el error establece la injusticia y que con la ceguera conduce al hombre á la tiranía. Desde este momento queda proscrita. «Aplastemos al infame» y sus fautores. Ella es el mal en la especie humana, y cuando se haya suprimido el mal, no quedará sino el bien.» Como dice Condorcet en su *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, segunda época, «llegará, pues, el momento en que el sol no alumbrará sobre la tierra más que hombres libres que no reconocerán otro dueño que su razón; en que los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos no existirán ya sino en la historia y en el teatro; en que nadie se ocupará de ellos sino para compadecer sus víctimas, para mantenerse, por horror á sus excesos, en una vigilancia útil, para saber conocer y hundir bajo el peso de la razón, los primeros gérmenes de la superstición y de la tiranía si algún día osaran reaparecer.» El *millenium* va á empezar, y es también la razón quien debe formarlo. Así es que nosotros lo deberemos todo á su saludable autoridad, lo mismo la fundación del nuevo orden de cosas que la destrucción del antiguo.



La flor de lis